

INTRODUCCIÓN

EL AUTOR Y SU ÉPOCA

Hortensio Paravicino y Arteaga nació en Madrid, en octubre de 1580. Sus padres, un noble caballero del milanésado y una hidalga guipuzcoana que murió de sobrepeso, no estaban casados sino apenas desposados. Ocho años después, el padre se casó con una turolense que le dio dos o tal vez tres hijos más: Francisco (futuro Conde de la Torre y de Sangrá), Gaspar y Tomás.

*Sangre de padres no oscura
me fue vida, me dio honor,
logrando en siglos no cultos
envidiada educación*

—dice Artemidoro en *La Gridonia* (vv. 136-139). En efecto, Hortensio estudió en los jesuitas de Ocaña, en la universidad de Alcalá y, de los quince a los dieciocho años, Derecho Civil y Canónico en la de Salamanca. Al mismo tiempo, comenzó a escribir poesía con éxito. En 1598, a raíz de la muerte de Felipe II, participó en un certamen poético donde compartió uno de los premios con Bartolomé Leonardo de Argensola. Sin embargo, al año siguiente ingresó en los trinitarios de Salamanca, acaso porque, dado lo irregular de su nacimiento, sólo a través de una Orden religiosa podía promocionarse socialmente (Cerdan, 2000; Negrodo 2006: 69).

Hortensio fue destinado al convento universitario de Ávila, donde prosiguió estudios de filosofía y teología, materia ésta en la que obtuvo el grado de Maestro poco antes de cumplir los veintidós años.

*Espíritus que, aunque míos,
mayores eran que yo
hasta tomar me empeñaron
a los cielos la razón.*
(*ibidem*, vv. 140-143)

El mismo año convalidó los tres grados (bachillerato, licenciatura y doctorado en Teología) en Salamanca, en cuya Facultad sentó plaza de lector en 1603, porque

estar bien pertrechado doctrinalmente era condición imprescindible para llegar algún día a ser predicador real.

Mientras tanto, tomó el hábito de los trinitarios descalzos a comienzos de 1605, con el nombre de Fray Félix de San Juan; nombre que incorporaría definitivamente al de Hortensio al reintegrarse a su convento salmantino.

Recién ordenado sacerdote y coincidiendo con el traslado de la corte a Madrid, en 1606, el Provincial de los trinitarios lo destinó al Convento de la Santísima Trinidad de la calle de Atocha, sede o Casa Provincial de la Orden, para que se consagrara a la predicación. También empezó a ejercer el cargo de censor de libros, tarea a la que se dedicaría toda su vida y que le dio la oportunidad de entrar en contacto con el ambiente literario y artístico de la corte. En este cometido aprobó, en 1609, la *Jerusalén Conquistada*, de Lope de Vega, y conoció a Góngora; amistad sobre la cual Cerdan resume los pocos datos que tenemos (1979a: 147-148). Fue el mismo año en que el Greco pintó su primer retrato de Paravicino, el de la colección del marqués Casa Torres, hoy en el museo de Bellas Artes de Sevilla (Cerdan 2008b).¹

Pintura y literatura

Conviene que nos detengamos en esta relación porque nos ayuda a entender el tema de *La Gridonia*, sobre el que volveremos más adelante. En 1611 Paravicino participó en la Academia del Conde de Saldaña y con motivo de las honras fúnebres de la reina Margarita de Austria, escribió un soneto al catafalco erigido por Teotocópuli,

*un griego de quien las vidas
andaban a hurtar colores*

—dice Rosicler (vv. 447-448), tal vez en homenaje a dicho pintor, a quien Paravicino dedicó otro soneto.

Desde el punto de vista de la teoría artística, la pintura del Greco expresa la misma libertad creativa o tensión entre las reglas y la naturaleza que la comedia de Lope de Vega. Si hasta entonces el objetivo de la teoría del arte había sido dar un fundamento teórico a la creación artística, durante el manierismo debía legitimarla teóricamente, como hace Lope de Vega en su *Arte Nuevo* respecto de la comedia áurea.

Según el postulado fundamental del arte manierista, de raíz escolástica y neoplatónica, la realización de una obra artística es independiente de la representación, imagen o idea interna que la precede y que subsiste a su producto (Panofsky 1981: 76-82), de manera que la percepción sensible no produce imágenes o ideas internas, sino al revés: son las ideas internas las que activan, mediante la imaginación, la

¹ CAMÓN AZNAR considera anterior e independiente este retrato respecto del que está en el museo de Bellas Artes de Boston, que fecha en 1611. FRANCIS CERDAN coincide en lo primero, frente a la opinión de WETHEY; pero fecha el retrato de Boston, ante el cual se sintió interpelado CERNUDA, en 1613.

percepción sensible.² Tal idea o representación es, según la misma tradición en la que se inserta *La Gridonia* y que se remonta al tercer libro de la *República* platónica, un destello del espíritu divino que Dios comunica a los ángeles (espíritus puros) y al espíritu humano.

Predicador y poeta cortesano

El primer sermón conocido de Fray Hortensio, sobre la adoración a los Reyes Magos, es de 1612. Muerto su padre al año siguiente, Paravicino tuvo que influir en la corte para que su hermanastro Francisco heredase el cargo de tesorero general de Milán. Fue, además, uno de los primeros lectores del *Polifemo* y las *Soledades* y en 1614 participó, con Lope de Vega, en la organización de los juegos florales por la beatificación de Santa Teresa.

Siendo ya predicador de éxito y asiduo a las fiestas de la alta nobleza, fue nombrado Visitador de la provincia trinitaria de Andalucía. En 1616 acudió a Toledo, junto a los reyes y el Duque de Lerma, para participar en la celebración de la festividad de la Virgen del Sagrario, organizada por el cardenal primado Sandoval y Rojas. Allí se encontró con Góngora, Lope y sus imitadores. Ya entonces debía de estar persuadido, como dirá en la *Constancia cristiana*, de que «no del todo desagradaban mi pluma y mis pensamientos» (Cerdan 2006a: 211), pues sin esperar a la relación de las fiestas, mandó imprimir suelto uno de los sermones con que había rivalizado, durante la octava de la Virgen, con los más famosos predicadores de la época.

En la primavera del mismo año fue nombrado ministro o prior del Convento de la Santísima Trinidad, de Madrid. Por entonces, predicaba también en el Consejo de la Inquisición y el Consejo de Indias, para la infanta sor Margarita de la Cruz en las Descalzas Reales y para el Rey. Hasta que gracias a sus buenas relaciones con el entorno de Felipe III y el Duque de Lerma, se convirtió en Predicador Real.

Paravicino puso todo su empeño en alcanzar este cargo porque la religión católica era el marco u horizonte de creencias que, del Rey abajo, servía para interpretar el mundo en la sociedad española de la época. Esta cosmovisión determinaba los comportamientos no sólo morales sino, en buena parte, también sociales y políticos de la Monarquía; cosa que Fray Hortensio debía de saber muy bien. La devoción y el pecado se habían convertido en instrumentos de análisis y explicación de la vida política (Negredo 2006: 17-18) y Paravicino, cuya seguridad en sí mismo se aliaba a un gusto por el poder y el brillo social, debió de percatarse enseguida de que la predicación, pública y semiprivada, constituía la forma más eficaz de salvaguardar y orientar aquel sistema. ¿Por qué no iba a ser él quien encabezara esa misión? (Cerdan 2006b: 42 y 49).

² Como en la reificación de las obras del *homo faber* moderno, según HANNAH ARENDT. Pero en este caso, el producto del trabajo se convierte en un medio para un fin que es, a su vez, medio para otro fin y así sucesivamente; lo cual nos plantea la dicotomía utilidad / sentido. En cambio, «la fuente inmediata de la obra de arte es la capacidad humana para pensar», siempre que no confundamos «pensamiento» con «cognición» y «razonamiento lógico» (*La condición humana*, pp. 185-189). O como dice el Criticón de KARL KRAUS: «el hombre ha sido instalado en el tiempo para tener tiempo» (*Los últimos días de la humanidad*, I, xxix).

Recibir la merced de ser Predicador Real daba acceso a la fama y al poder, pues sólo desde ese lugar privilegiado el usufructuario podía hacer llegar al Rey una opinión, dada su condición de hombre de Dios al que la rigidez de la etiqueta borgoñona no afectaba como a otros cortesanos. No olvidemos, además, que por el hecho de ostentar ese cargo, entraba a formar parte automáticamente de los engranajes del clientelismo, propios del sistema de relaciones cortesanas promovido por el valimiento. Su influencia tenía más alcance, incluso, que la del confesor, en la medida que el predicador llegaba a toda la corte y podía dirigir sus mensajes y admoniciones a buenos entendedores.

Su nombramiento coincidió con la instalación de Góngora en Madrid (1617). Un año después, siendo Provincial de Castilla, Paravicino firmó la aprobación de las *Rimas* de Jáuregui y del *Marcos de Obregón*, de Vicente Espinel y en 1619 escribió dos sonetos, a menudo atribuidos a Góngora, por la muerte del hijo del Duque de Medina Sidonia en un accidente de caza («Yace aquí un cisne...» y «Ten, no pises ni pases sin cuidado»). Tan estrecha fue su amistad con Góngora que éste lo nombró, un año antes de morir, su albacea testamentario y como tal autorizaría la publicación de las *Lecciones solemnes*.

«Todos se preciaban mucho de tenerle por amigo», pues «admiraba su delgadeza en el pensar, su elocuencia en el decir».³ Además de la amistad del cordobés, Paravicino supo cultivar la de Lope de Vega y Quevedo. A raíz de la guerra literaria que desencadenó la *Spongia*, de Torres Rámila, Fray Hortensio aparece citado entre los partidarios de Lope en la *Expostulatio Spongiae*. En 1622 predicó el sermón de ingreso de Marcela, hija de Lope y Micaela de Luján, en las trinitarias y cinco años más tarde el propio Lope lo elogió, junto a otros predicadores madrileños, en un soneto recogido en las *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos*. Asimismo, Quevedo se holgaba de su conversación y lo llama «docto y admirable» en otro soneto.

Con todo, Paravicino tuvo también sus enemigos en el siglo y fuera de él. «Hortensio Fénix, que al eterno asilo / huyó los ojos de la invidia fiera» —dice Tomé de Burguillos en unos versos que recuerdan los de la apoteosis de Artemidoro en *La Gridonia*, repitiendo algo que se convertiría en lugar común.⁴ Hemos de tener en cuenta que la predicación en el Siglo de Oro fue un género literario y como tal originó debates, rivalidades, enfrentamientos y sátiras (Dámaso Alonso 1968). Un

³ LÓPEZ DE ALTUNA IV, 1, quien añade: «yendo el reverendísimo Padre a Aranjuez con el duque de Medina de las Torres, que al presente estaba allí su majestad y andaba a caza por todo aquel distrito, alcanzó el Rey, nuestro señor, a ver el coche donde iban [...] y su majestad se alegró tanto que dijo a uno de los que iban con él: 'tomad estas palomas que he cazado y llevádselas al Padre Hortensio y decidle que no puede hacer más un cazador que enviarle lo que ha cazado con tanto gusto y cuidado.'»

⁴ La envidia, real o imaginaria, acompañó siempre a FRAY HORTENSIO. Su escudete bibliográfico es una empresa parecida a la núm. 72 (*vires alit*) de SAAVEDRA FAJARDO. Representa una fuente con un ave de cuyo pico brota un chorro de agua que una mano intenta taponar y, junto a ella, el emblema *vires ab invidia*. ANTONIO OSORIO (probablemente FRAY ANTONIO DE ZÚÑIGA Y OSORIO), el recopilador de sus *Obras póstumas*, también hace alusión a las envidias que podría provocar dicha edición: «Perdonarle pudiera [la envidia] en este ejercicio de las musas, ya que en otros estudios mayores que profesaba se cebó tanto, pues sólo para desahogarse tal vez de aquéllos se divertía en estos». Y en las dos dedicatorias de su *Constancia cristiana*, versión «cristianamente estoica» del *De Providentia* senequiano, PARAVICINO achaca a la envidia de imitadores y enemigos las críticas que hacen a lo afectado de su estilo (Cerdan 2006a: 210-211).

Predicador Real como Paravicino, frecuentador de la vida cortesana y literaria de la época, no podía permanecer al margen de las consecuencias de su cargo. Como tampoco podía ignorar que ostentar dicho cargo acarrearía una mayor demanda de su presencia en otras instituciones, lo cual derivaba en ganancias no sólo económicas, sino también espirituales y de prestigio intelectual para su Orden, al tiempo que redundaba en su carrera personal (participación en juntas de teólogos, candidatura a obispados...).

El caso es que después de publicar la oración fúnebre que había predicado en la ceremonia de colocación para el culto del provincial de los trinitarios y futuro beato, así como el *Epitafio o elogio funeral* del aniversario por la muerte de Felipe III, apareció en Madrid, en 1625, una *Censura*⁵ cuyo desconocido autor acusa a Fray Hortensio de plagio, emplear formulaciones inadecuadas (como llamar *panegírico* a la oración fúnebre y *epitafio* al elogio), hacer interpretaciones erróneas de la Escritura y utilizar expresiones impropias e incorrectas; todo lo cual Jáuregui refuta con mucha erudición, buenas dosis de ironía y firmes argumentos.⁶

Más virulentos son los versos de un presunto fraile trinitario del convento de Toledo, quien adereza el reproche de llamar *oraciones fúnebres* a los sermones (lo mismo que el malintencionado Brito hará en *El príncipe constante*) con calumnias (ser hijo de una ramera, bastardo y prevaricador y exhibirse con una comedianta para disimular que era impotente).

Pero el altercado más conocido hasta ahora es el que tuvo con Calderón de la Barca en 1629, provocado por una pelea entre comediantes (Cotarelo 1924: 13-15; Wilson 1961; Cerdan 1983). Un hermano del dramaturgo resultó gravemente herido y el agresor, perteneciente a la compañía de Antonio de Prados, se refugió en el convento de las trinitarias de la actual calle Lope de Vega. Los perseguidores, entre los que se hallaba el propio Calderón, irrumpieron en la clausura y zarandearon a algunas monjas, una de las cuales era la mencionada hija de Lope. El domingo siguiente, Fray Hortensio los denunció en un sermón ante el Rey⁷ y Calderón se vengó de ello insertando en *El príncipe constante*, por boca del gracioso Brito, unos versos satíricos que luego serían censurados.

Hasta el mismo año de su muerte, Paravicino siguió enfrentándose a sus enemigos. En este caso, a la facción que apoyaba al candidato a Provincial de los trinitarios, finalmente electo. Aquel 1633 predicó en las honras fúnebres de sor Margarita de la Cruz, en las Descalzas Reales, y el 12 diciembre murió sin tiempo para que lo nombraran obispo de Lérida.

Ser designado obispo directamente por el Rey suponía, más allá de la promoción individual y de representar a Dios en una diócesis, ser agente de la Monarquía

⁵ Hasta ahora sólo la conocíamos a través de la réplica de JUAN DE JÁUREGUI, titulada *Apología por la verdad*, pero MARÍA TERESA CACHO ha descubierto un manuscrito de dicha censura en la Biblioteca Universitaria Estense de Módena: el *Antihortensio o ejercicio de erudición del erudito Don N* (Cerdan 2007: 351-353).

⁶ Sobre los problemas planteados en la oratoria sagrada de la época por la transmisión de la exégesis bíblica, el ejercicio de la erudición, el debate sobre la licitud de la imitación y su difusa frontera con el plagio, véase Cerdan 2008a.

⁷ La denuncia está resumida conceptuosamente en el soneto *A Jesucristo en una ofensa hecha al autor* (Sedeño y Serrano 2002: 118).

con la misión de controlar las oligarquías urbanas de los cabildos, el clero rural y las órdenes religiosas que accedían al púlpito y el pueblo llano de la comarca, dada su condición de administrador de las limosnas y juez de primera instancia (Negredo 2006: 75-77). Sin embargo, «no quiso Dios honrarle en esta vida conforme a sus méritos» —concluye López de Altuna—, pues «habiendo sido premiados con obispados y arzobispados a pocos años de púlpito predicadores de los reyes y otros muchos, a él después de muchos años que había lo era, no le dieron nada, caso raro y digno de toda ponderación» (IV, 1).

Un hombre de mundo barroco

Para Benedetto Croce (1929) el Barroco es, más que una categoría estética, una época conflictiva y de transición a la modernidad, caracterizada por la resistencia de quienes vivían inmersos en la tradición clásica y cristiana a lo que Gibbon llamó «la fe dudosa e imperfecta de los tiempos modernos», Max Weber «desencantamiento» y Paul Hazard «crisis de la conciencia europea». El intento de recristianizar el viejo continente, politizando la religión desde la segunda mitad del siglo XVI hasta la Paz de Westfalia (1648), no impidió que la imagen religiosa del mundo fuera disolviéndose en la hipocresía religiosa de la conciencia burguesa (Groethuysen), el instrumentalismo utilitario (Hume) y cínico (Napoleón) de la religión⁸ —cimentados en la idea platónica del Infierno—, el paternalismo del unamuniano San Manuel Bueno⁹ y *el hombre sin atributos* del siglo XX.¹⁰ Por eso, si la forma y el contenido de *La Gridonia* resultan hoy fríos y artificiosos es debido tanto a la exacerbación y retorcimiento de su estilo gongorino como a la acumulación de sobreentendidos culturales, propios de aquel trasfondo clásico y cristiano en el que se asientan las categorías mentales del hombre barroco y de un predicador en la corte de Felipe IV¹¹ y, más concretamente, por la síntesis de providencialismo, neostoicismo cristiano y neoplatonismo del autor de *La Gridonia* (Cerdan 2006b: 53).

⁸ Para románticos y krausistas, Napoleón encarnaba la vida del espíritu y con él la humanidad dejaba atrás la edad del cristianismo.

⁹ Don Manuel es lo que JUAN CARLOS ONETTI llama un *desesperado fuerte*: el que no exhibe su desesperanza porque «sabe o está convencido de que nadie podrá consolarlo. No cree en poder creer, pero tiene la esperanza, él, desesperado, de que en algún momento imprevisible podrá enfrentar su desesperación, aislarla, verle la cara» (*La vida breve* II, 7).

¹⁰ La fe en la existencia del Emperador —dice el narrador de la novela de MUSIL, escrita entre 1930 y 1942— era como la fe en la existencia de estrellas que vemos pero que han desaparecido hace miles de años: un mundo sin desalojar, sin atributos (I, II, cap. 20), igual que su sinécdoque: el palacio imperial austro-húngaro, un espacio caracterizado por el vacío, el silencio, la devoción, la solemnidad y las guirnaldas y volutas (*ibidem*, cap. 22). Contemporáneo del desencantado y escindido Ulrich es el *conformista* de ALBERTO MORAVIA (1951); alguien que busca incansablemente la normalidad, es decir, el camuflaje con la masa, aunque sin poder evitar la melancolía que esto le provoca. Por eso, cuanto más mundanas eran las iglesias, más le gustaban a Marcello Clerici: «parecía reconocer en las iglesias, donde la religiosidad se había diluido en una mundanalidad majestuosa y ordenada, el punto de transición de una creencia religiosa ingenua a una sociedad ahora adulta que, pese a todo, sin aquella creencia remota no habría podido existir» (I, 3).

¹¹ Además del estudio de la exégesis bíblica, se recomendaba a los futuros predicadores la lectura de los grandes clásicos paganos (Negredo 2006: 71).

Por lo demás, no deja de ser curioso que en las poesías de Paravicino, de cuya vida privada no sabemos nada, predominen las de tema amoroso o galante sobre las religiosas y, después de las que tienen un contenido sacro, las que giran en torno a la vida de la corte. Su precocidad intelectual, unida a la confianza en sí mismo y a las ganas de llegar a ser alguien influyente (Definidor de la provincia trinitaria de Castilla, Visitador de Andalucía, Provincial de Castilla, Maestro de su Orden, pretendiente, Censor y Predicador Real) alimentaron una ambición que, aunque a veces chocó con la de otros, como sugiere Artemidoro en *La Gridonia*, vv. 126-135, resultó favorecida por sus excelentes relaciones en la corte y con el mundo literario y artístico de la época:¹²

*Debí el lustre a las desdichas;
las desdichas, al valor.
Viví entre muchos conmigo.
Nunca la Fortuna oyó
mis quejas, pues en verdad
que pude dar más de dos.¹³
Bien que sintió las venganzas
de mi modesta ambición;
que estorbándome deseos,
todo el poder la quitó.*

La familiaridad de Paravicino con la alta sociedad y la vida mundana se refleja en sus sermones, dirigidos «no a eremitas, sino a hombres de mundo» —como diría Samuel Johnson, refiriéndose a los que aun estando acostumbrados a examinar la evidencia y no sentir inclinación por la religión, abrazaron el cristianismo;¹⁴ razón por la cual «lo que más reprende y satiriza Paravicino son los vicios que amenazan la vida social: el interés, la ambición, la falsedad, la injusticia» (Cerdan 1994a: 31).¹⁵

¹² Esta ambición por quemar etapas, unida a su capacidad de trabajo, su inclinación a la magnificencia, el orgullo por su obra, su amor propio (por haber superado la condición de huérfano ilegítimo y tener, como predicador, imitadores y seguidores), así como la asimilación de su persona al cargo de Predicador Real son, a juicio de CERDAN, síntomas de un espíritu apasionado, muy vulnerable, sin embargo, a las censuras y las sátiras (2006b:40-42, 47).

¹³ El propio autor hace cuestión, en otros lugares, de dejar al prójimo una imagen de mansedumbre y humildad que no siempre condice con los hechos, como en la dedicatoria del *Epitafio o Elogio funeral al rey Felipe III* (1621), dirigido al CONDE-DUQUE DE OLIVARES: «a nadie, a nada he respondido». O en la del *Panegírico funeral a la reina Margarita de Austria* (1628), dirigido al CARDENAL-INFANTE DON FERNANDO: «tantas censuras desatendí siempre» (Cerdan 1994a: 91-93 y 221-224).

¹⁴ JAMES BOSWELL, *La vida de Samuel Johnson*, 28 de julio de 1763. El 15 de febrero de 1766, BOSWELL le cita de nuevo: «Es nuestra primera obligación servir a la sociedad y después de hacerlo, podemos atender totalmente a la salvación de nuestras almas. No debe animarse una juvenil pasión por las devociones abstractas». Paravicino, por su parte, «nunca se inscribe en una espiritualidad determinada o en una escuela teológica. Lo importante para él es la fe, sin raciocinios: *nunca lleguéis a discurrir en lo que habéis de creer*» (Cerdan 2006b: 52).

¹⁵ «Mundano y ligero o incluso manierista en su poesía profana, procuraba ser ingenioso o conceptista en su poesía religiosa. En sus sermones se muestra ante todo atento a la elegancia del discurso. Siempre se afana por lograr un efecto de novedad ante un auditorio más deseoso de divertimento mundano o de placer literario que de austera espiritualidad» (Cerdan 2006b: 51).